

Carlos sintió saltar su corazón cual si quisiera salirsele del pecho.

Entró. Besó a la niña en sus manos cruzadas y al niño en la frente. Y se enjugó una lágrima...

MIGUEL DE ZARRAGA

(De *La Tribuna* de Nueva York).

---

## ENRIQUE MONSALVE

Con pesar en el corazón y lágrimas en los ojos, escribo estas líneas, para tributar el postrer homenaje al discípulo y amigo que acaba de pasar de la existencia instable del tiempo a la inmóvil vida de la eternidad.

Enrique Monsalve nació en la ciudad de Santo Domingo, Departamento de Antioquia, de una familia patriarcal donde se conservan intactas la fe católica, la integridad de las costumbres y las sanas tradiciones de los mayores. Después de los estudios primarios en la tierra natal, vino al Colegio del Rosario en el último año del rectorado del señor Marroquín. Desde el principio se distinguió entre sus numerosos condiscípulos por el vigor de las facultades intelectuales y se hizo querer de todos sus camaradas por las condiciones de carácter que lo realizaban.

Terminado el bachillerato, fue uno de los fundadores de la facultad profesional de filosofía y letras y el primero que obtuvo en ella el grado de doctor. Su tesis, titulada *Clásicos y Románticos*, mereció elogios de los periódicos serios de la capital. Se dedicó a la carrera del magisterio. En el Colegio del Rosario desempeñó el cargo de inspector y, más tarde, el de prefecto general. Dirigió como rector el Colegio de «José

Eusebio Caro,» en Ocaña, y el de «Santa Librada,» de Neiva. Leyó, en el Instituto de Fray Cristóbal de Torres, varias asignaturas, entre ellas una de las cátedras de lengua griega.

Poseía exquisito gusto literario y fue prosista vigoroso y elegante, y versificador jugoso y correcto.

Católico sin distingos ni apellidos, supo practicar lo que creía. Se afilió, casi desde niño, en uno de los partidos conservadores, más que por tradición de familia o por simpatías personales, por convencimiento muy hondo nacido del estudio y de la reflexión. No era Monsalve de los que figuran en un bando y profesan las ideas del contrario: en su vida no se hallan medias tintas.

En las dos últimas guerras civiles tomó las armas en defensa del Gobierno y alcanzó por su disciplina, constancia, conocimientos técnicos y valor personal, el más alto grado de la jerarquía militar.

Contrajo matrimonio con una virtuosa dama zipaquireña, que le dio, por un año, la única felicidad de que él disfrutó en su vida. La muerte de la esposa y del primogénito recién nacido, le disiparon las últimas ilusiones y esperanzas de esta vida.

El doctor Monsalve supo guardar inviolada fidelidad al Colegio que había sido su segundo hogar, y fue para el Rector no sólo alumno agradecido, sino amigo incomparable. Jamás vino a mi casa en busca de favor alguno, aunque bien sabía él la satisfacción que me habría ocasionado al pedirme cualquier servicio. En cambio, él me los prestó señaladísimos, no sólo durante su permanencia en Bogotá, sino cuando estábamos separados por larguísimas distancias.

Descanse en paz, en el seno de Dios misericordioso, el erudito humanista, el galano escritor, el valeroso militar, el amigo del alma.

R. M. C.

11 de abril de 1920.